

obispo Lamourette, de quien no era posible sospechar reserva ni segunda intención. Lamourette entusiasmó á la Asamblea, y cuando al bajar de la tribuna en señal de que estaba hecha la reconciliación abrazó á uno de sus adversarios, este abrazo causó tan grande emoción, que todos los brazos se

abrieron, pudiéndose creer por un momento que la reconciliación era un hecho. Avisado Luís XVI de lo que pasaba se presentó de improviso en la Asamblea, recogiendo por sorpresa su última ovación, pero sólo para declarar que el sueño de su fantasía se había al fin realizado.



Alistamiento de voluntarios. (La patria está en peligro)

Que todo no fué más que un sueño como dijo Luís XVI, que á nada podía conducir la táctica de sorprender la emoción de la Asamblea, como dice Sybel, nada más exacto. En aquel mismo momento acabábase de decretar la suspensión de Petion y Manuel por los sucesos del 20 de Junio, de modo que cuando Luís XVI mandó abrir al pueblo los jardines de las Tullerías, creyendo que allí acudía para aclamarle, no oyó más que un grito, y este fué el de ¡viva Petion!

Inútil decir que por la noche, en todos los clubs, fué el abrazo de Lamourette comparado con el abrazo de Judas, dió mucho que reír á expensas de los girondinos que tan sentimentales se habían mostrado, reclamándose ahora con más energía que nunca la destitución del rey. Pero en fin, los clubs no eran más que los clubs, y si se daba pruebas de que la reconciliación era una verdad, los clubs podían ser reducidos al silencio con sólo ponerles por delante la realidad de los hechos. Precisamente

se podía dar un segundo golpe de efecto á muy poca costa. El directorio departamental había propuesto la suspensión de Petion y Manuel, pues ¡fuera querellas! que el abrazo del 7 de Julio borre de la memoria el 20 de Junio.

Terrier de Monciel que no estaba por la política de concesiones ni de mentidas reconciliaciones, y que se había opuesto á que el rey fuera á la Asam-

blea, porque veía clara la difícil situación que esto iba á crear, mandó el 8 de Julio al rey su dimisión, que naturalmente Luís XVI no quiso aceptar por lo mismo que todo lo ocurrido no era más que el resultado de su plan de endormecer los recelos y desconfianzas de la Asamblea, pues, precisamente esperaba Luís XVI de Mallet du Pan sobre el 14 de Julio fecha señalada para la coronación de Francis-



El 20 de Junio en la Asamblea

co II como emperador de Alemania, un acto de las potencias conforme á sus instrucciones, pero como precisamente Monciel había señalado por su parte el 14 de Julio para llevar á cabo su plan, Monciel sólo pudo retirar su dimisión á condición de que los reyes se mostrasen dispuestos á ejecutarlo en todas sus partes.

En efecto, según lo acordado, Lafayette y Luckner debían presentarse en París el día 14, para llevarse el rey de una manera pública á Copiegne luego de que hubiesen terminado la fiesta. Lafayette no quería, sin embargo, la disolución de la Asamblea, y como se temía que con esta condición el rey

no daría su consentimiento, Lally-Tollendal procuró que se modificase concediendo que Lafayette pasaría porque se formase en Copiegne una nueva Asamblea á manera de *Estados generales*, restableciéndose de momento al rey en todas sus prerogativas reales. Monciel insistió para que se aprobase este plan, y Luís XVI se dejó convencer por sus ministros. Monciel que había presentado su dimisión el día 8 la retiró el día 9 creyendo que su política había triunfado.

Pero Luís XVI enteró de lo acordado á sus íntimos, y mientras de un lado Montmorin declaraba temeraria la idea de abandonar á París, Beltran de

Molleville, le decía que el constitucionalismo de Lafayette paralizaría sus fuerzas, y en fin, la misma reina decía á su esposo, «que si bien todos los mensajes de provincias censuraban lo ocurrido el día 20 de Junio, y demostraban un ardiente deseo de tranquilidad, no estaban por este impregnado de aquel sentimiento monárquico necesario para convencerse de que fuera posible hacer salir un solo tiro contra los parisienses ó marseleses. Lafayette, decía, no puede sernos de utilidad alguna después que con su visita ha calmado todos los terrores que inspiraba á la Asamblea; además él considera la fuente de todos nuestros males, la Constitución, como la sola cosa digna de ser defendida.» «En una palabra,—dice Sybel,—no veía en el anterior ni socorro ni salvación; para ella, el peligro estaba en todas partes, lo mismo en provincias que en París, y hasta que llegasen los alemanes, cualquiera cosa que se hiciera para salir de París no hacía más que agravar la situación. La reina estaba convencida de que la restauración del poder real en toda su extensión era lo único que podía preservar á Francia de males incalculables; pero al mismo tiempo, más que nunca estaba lejos de querer restablecer el antiguo régimen con su nobleza, sus señores y su Iglesia; así decía que no se debía contar ni con los emigrados ni con los constitucionales, y que era necesario esperar á que entraran los prusianos á París.» Dejóse convencer el rey por estas razones de su mujer y del Comité austriaco, y al día siguiente le dijo á Monciel que había cambiado de modo de pensar y que no quería abandonar en modo alguno á París. Monciel repitió su dimisión y se retiró con todos sus compañeros, bien convencido de que Luis XVI corría á su perdición.

El segundo golpe de efecto se había dado de una manera tan inesperada y raro como el primero. ¿Por qué se había retirado el ministerio? Nadie lo sabía, y dicho se está, que los ministros no pensaban revelarlo. Su dimisión la habían formulado de una manera que salvaba la verdad en beneficio del rey, y sin embargo, lo mismo Luis Blanch que Enrique Martín se ha atenido á su contenido: digamos en su abono que no conocían las circunstancias que le motivaron y ha revelado Sybel.

La sorpresa duró esta segunda vez todavía menos que la primera. Los girondinos creyeron de momento que iban á ser llamados y en esta presunción escribieron á provincias para que los federados no fueran á París. Roland escribió á Barbaroux para que detuviera á los marseleses, pero así y todo se previnieron y desde el día siguiente, 11 de Julio,

hicieron declarar la patria en peligro, lo que implicaba la entrada en vigor del decreto que movilizaba á la guardia nacional. A las veinticuatro horas todas las ilusiones se estaban á punto de desvanecerse; no solo no se les había llamado para formar un gobierno, sino que el rey que había estado ganando tiempo antes de resolverse sobre aprobar ó no el decreto de suspensión y formación de causa de Petion y Manuel dejándolo á la resolución de la Asamblea á la que se opusieron los girondinos por no ser constitucional, significó á la Asamblea que acababa de rechazar indignada una petición de la municipalidad de Marsella para que se destituyera al rey, que él destituía y mandaba encausar y arrestar á Petion y Manuel.

Luis XVI había faltado á su habitual prudencia y tuvo que arrepentirse. Los pocos federados que habían llegado alborotaron la ciudad en favor de Petion y el rey, para prevenir las consecuencias del tumulto consintió que la Asamblea anulara el día trece el decreto del rey suspendiendo á Petion de sus funciones.

La fiesta del 14, gracias á las órdenes de Monciel y de los girondinos, no fué lo que todo el mundo se esperaba, pues por dicho día sólo se contaban en París tres ó cuatro mil federados. Los marseleses no habían llegado. Pero los girondinos no perdían por esto el tiempo, esperaban ser gobierno todavía puesto que el rey no había aún nombrado gobierno, pero deseando afirmarse hicieron salir de París para la frontera los cuatro ó cinco regimientos de línea que daban guarnición á París y que en realidad constituían la guardia del rey, no dejando á éste y á la ciudad más que un batallón de suizos.

Engañados los girondinos contribuyeron poderosamente á sembrar la anarquía, pues mientras se prevenían y alentaban para dar el golpe decisivo querían una cierta retención que era imposible. Los demagogos acaudillados por Marat y Billaud-Varennes pedían sangre, exterminio y hasta el reparto de las riquezas de los ricos. Danton organizaba la tremenda revuelta como hombre resuelto á vencer en formal batalla, mientras Robespierre procuraba que fuera la misma Asamblea la que acabara con el fantasma real que tantas perturbaciones aún causaba. Todos estos hombres causaban á los girondinos vivos recelos, pues conociendo como conocían sus trabajos, ¿qué harían si el rey les llamaba? ¿Cargarían sobre los que en estos momentos eran sus más preciosos aliados?

Robespierre había pedido á la Asamblea la destitución del rey y que se formara causa á Lafayette

desde el 15. El 19 la Asamblea decretó que no había lugar á procesar á Lafayette. Esta resolución convenció á los jacobinos y á los cordeliers de la defección de los girondinos, y en esta idea les confirmaba las lamentaciones de Vergniaud sobre los tristes sucesos del 20 de Junio, y la discordia estalló de nuevo entre los republicanos recrudeciéndose las antiguas antipatías. Al fin los girondinos quisieron salir de su difícil situación y resolvieron llegar al mismo rey. El 20 de Julio Vergniaud, Guadet y Gensonné hicieron llegar al rey por conducto del pintor de la corte, Boze, una carta en la que le decían que la única áncoa de salvación estaba en la formación de un ministerio girondino.

El rey por toda contestación dió al día siguiente la tan suspirada cartera por Roland al feuillant Champion, á los dos días dió la de marina y la de guerra á Dubouchage y Champion anunciando que los demás nombramientos no se harían esperar. Tomaron los girondinos esta resolución por un insulto, y la parte caliente del partido se pronunció abiertamente contra la traición del rey. Guadet subió á la tribuna para denunciar los manejos de Lafayette y de Luckner, mientras otros aseguraban á Montesquiou que le harían devolver los veinte batallones que el anterior ministro de la guerra había dado á Lafayette para robustecer á éste y debilitar á Montesquiou, el general de los girondinos, mientras Roland y otros escribían á los federados para que se dieran prisa en llegar á París. Gensonné fué aún más allá, si cabe, pues presentó el 25 á la Asamblea un proyecto de ley para el establecimiento de un gobierno revolucionario, ejercido por la mayoría de la Asamblea.

«Pero,—dice Sybel,—había otros girondinos en quienes la marcha de los sucesos aumentaba su irresolución.» Boze recibió una segunda carta para el rey; Vergniaud habló en la tribuna de los hombres inconsiderados que echaban á perder la mejor causa con sus exageraciones, tales como la destitución del rey; Brissot se avanzó hasta declarar que los regicidas fuesen castigados como los emigrados: «atendido,—decía,—que la sangre de los reyes no ha aprovechado nunca á la causa de la libertad, sino á la de la monarquía.» Esta corriente llevó más tarde á Guadet á proponer que se enviara á Luis XVI un mensaje pidiéndole el restablecimiento de un ministerio girondino, pero la izquierda lo mismo que la derecha se opusieron á ello con igual violencia; entonces Brissot se levantó de nuevo á declamar contra los excesos que daban al rey el derecho de quejarse del menosprecio que se hacía de la Constitución, lo que lleva-

ba á las clases acomodadas á arrojar en brazos del extranjero. La Asamblea aplaudió, pero las tribunas rugieron y apostrofaron al orador, acusándole de traidor, lanzándole manzanas al rostro.

En los Jacobinos no resonó más que un grito de desprecio contra el miserable partido que no veía en la revolución más que el medio de conseguir carteras para sus hechuras. El comité de los federados contaba aprovecharse de la llegada de un batallón de ciudadanos de Brest, célebre por su patriotismo, para dar un golpe decisivo; más cuando Petion se enteró de ello, se apresuró á dispersar á los grupos y empleó toda su influencia en inclinar la balanza en favor del orden y de la tranquilidad.

«Esta fué la última vez, pues, el día 28, declaró el rey rotundamente, que jamás suscribiría los planes de la Gironda.» En este mismo día recibió la Asamblea el manifiesto de las potencias aliadas, tan amenazador para los jacobinos como para los girondinos. Hé aquí explicada la conducta contemporizadora del rey y su resistencia á llamar á los constitucionales y á los mismos republicanos que sacrificaban sus ideales á la convicción de que sólo era posible en aquellos momentos la monarquía.

Las potencias extranjeras habían hablado, pero usaron un lenguaje tan imprudente, tan grave, que ya la suerte del rey dependía de la prisa que se dieran en arrancarlo de las manos de los patriotas.

Como ya hemos dicho, se esperaba en la corte que Mallet du Pan podría dar por el 14 de Julio noticias satisfactorias, pues en dicho día, con motivo de la coronación de Francisco II, se habían de reunir en Francfort todos los príncipes alemanes. Pero tué en Maguncia en donde se celebró el concierto en medio de las fiestas públicas. Ya diremos más tarde porque las potencias aliadas, porque Austria y Prusia no habían dado á la guerra toda su atención, y porque se habían limitado á rechazar y aún debilmente á los que atacaban las fronteras del imperio.

El manifiesto de las potencias aliadas es conocido en la historia con el nombre de manifiesto de Coblenz y de Brunswick, nombre del general en jefe de los ejércitos aliados, decía el manifiesto de 25 de Julio, que el emperador y el rey de Prusia tomaban las armas para defender Alemania, hacer que cesara la anarquía en Francia, para contener de una vez los ataques que se dirigían al trono y al altar, y para devolver al rey de Francia su libertad. Prometían luégo respetar la integridad de Francia, y que los ejércitos aliados protegerían las vidas y haciendas de todos los que se sometieran al rey.